

# LA CONSTRUCCIÓN DEL NACIONALISMO

## MEXICANO DEL SIGLO XVIII. EL IMPULSO JESUITA

Marcela Pomar Ojeda

6º semestre  
Licenciatura en Historia

El nacionalismo se define, en términos epistemológicos, como un principio sociopolítico de Estado que surge comúnmente ante la amenaza externa e implica la búsqueda de una autodefinición para crear o sustentar dicha nación con base en fundamentos de legitimación política. Esto, en el caso mexicano, es un concepto que aún en nuestros días continúa siendo motivo de controversia. El origen del nacionalismo mexicano puede situarse en distintos contextos históricos sin poderse definir fechas o circunstancias precisas. No obstante, habría que cuestionarse si el nacionalismo en México fue el medio para inventar una nación donde no la había, si es legítimo un nacionalismo que se basa en los grandes mitos para cohesionar a los pobladores de un territorio, y si acaso fue el siglo XVIII el inicio del despertar del pueblo hacia su conciencia propia.<sup>1</sup> Más aún, habría que discutir si son las idealizaciones el necesario rostro común en el cual se identifican y por el que se cohesionan los más profundos contrastes sociales.

---

<sup>1</sup> Gellner Ernest en nacionalismo <http://es.wikipedia.org/wiki/Nacionalismo>



La búsqueda de las respuestas a estas interrogantes nos lleva inevitablemente hacia los orígenes de esta nación, al episodio del enfrentamiento de mundos disímiles y radicalmente opuestos, que en el fragor del encuentro y a través de siglos de continuas mezclas y superposiciones conformaron al singular pueblo que ocupa el territorio mexicano. En las siguientes líneas pretendo ahondar en dos cuestiones: 1) la reflexión del nacionalismo como construcción social en el contexto de la reconfiguración política novohispana, y 2) el análisis del papel que desempeñó un destacado grupo de humanistas jesuitas con la implementación de una educación ilustrada —y por ende, revolucionaria— en la conciencia criolla del siglo XVIII.

### *Choque de culturas*

En estricto sentido, hablar de la fusión de dos culturas es un concepto insuficiente. A su llegada a tierras americanas en el siglo XVI, los españoles se encontraron con un mosaico multicultural de alrededor de 300 señoríos distintos en la superárea que ahora se denomina Mesoamérica. Todos los pueblos de dicha región, aunque compartían rasgos comunes, como nos explica Paul Kirchoff<sup>2</sup>, se diferenciaban por ele-

mentos como la lengua, las costumbres, las deidades, las ceremonias, los ritos, las técnicas, etcétera, así como por el grado de desarrollo y complejidad que cada una de ellas había alcanzado<sup>3</sup>. Peter Gerhard<sup>4</sup> nos habla, por ejemplo, de la existencia de más de cuarenta lenguas distintas distribuidas al sur de la frontera chichimeca, y de la presencia de señoríos de diversos grados de dependencia, tamaño e importancia que coexistían en medio de profundas tensiones. Unos pocos estados habían llegado a ser, a través de la guerra y la intimidación, más poderosos que otros y ejercían una hegemonía militar económica, como en el caso del mayor de los imperios, la famosa Triple Alianza (mexicas, tepanecas y acolhuas); otros, por el contrario, eran pequeños imperios o estados unidos por lazos dinásticos, o federaciones militares sin dirigencia predominante.

El choque cultural entre la civilización occidental, representada por los españoles, y la mesoamericana, liderada por el

---

compartían 43 elementos culturales en distintos grados. Pero sólo cinco de éstos eran los más significativos: 1. Economía basada en el complejo maíz-chile-calabaza-frijol; 2. Construcción de basamentos ceremoniales (pirámides); 3. Estamento sacerdotal; 4. Mercados y mercaderes; y 5. Calendarios agrícolas y religiosos.

3 Kirchoff, Paul, "Mesoamérica: Sus límites geográficos, composición étnica y caracteres culturales", en *Revista TLATOANI (Suplemento)*, No. 3, 1967, ENAH-INAH, México consultado en <http://etnohistoriaenah.blogspot.com/2011/02/kirchoff-mesoamerica.html>

4 Gerhard, Peter. *Geografía Histórica de la Nueva España. 1519-1821*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 2-4.

2 Paul Kirchoff explicó en 1943 que los alrededor de 300 pueblos que conformaban la superárea de Mesoamérica (desde Sinaloa hasta Costa Rica)



imperio mexica, fue el choque de dos niveles evolutivos y tecnológicos distintos, pues aunque las sociedades indígenas habían alcanzado un alto grado de desarrollo cultural, civil y religioso, se encontraban aún en la etapa de la piedra pulimentada; mientras que los occidentales marcaban su superioridad debido a sus conocimientos y técnicas en la utilización del hierro y el acero para fabricar armas de guerra e instrumentos para la agricultura, así como por el uso de la rueda, el vidrio y el arado. Aun así, es importante hacer notar que el enfrentamiento no supuso el traslado de estos elementos culturales de alto desarrollo hacia el mundo indígena; por el contrario, como indica Gonzalo Aguirre Beltrán, el conquistador mantuvo el predominio y la utilización única de estos implementos e impuso sólo aquellos elementos

capaces de mantener un dominio permanente, encaminado a la explotación exhaustiva de los recursos humanos y naturales. Mediante el control político-religioso se fundó una interdependencia en el que el vencido llevó la peor parte. Decapitadas sus culturas, quedó limitado a sus antiguos patrones agrarios, preso en una economía feudal que le impuso cargas y tributos así como la imposibilidad de ejercer las actividades artesanales y mercantiles monopolizadas por los españoles.<sup>5</sup>

De modo que se impuso un sistema que daba apoyo y continuidad al pequeño grupo dominante sin hacer extensivo dicho conocimiento tecnológico a los naturales. Entonces, la conversión de las culturas indígenas hacia lo occidental fue más de *forma* que de *contenido*, y llegaron al siglo XVIII —e incluso hasta el XX—, siendo distintas de las precolombinas de las que derivaron, pero jamás integradas a la occidental. Marginados de todo crecimiento e inserción en la cultura del desarrollo (a excepción de algunos descendientes de nobles indígenas como Alvarado Tezozomoc, Diego Muñoz Camargo y Juan Bautista Pomar), los indígenas perdieron por completo la voz. Sin embargo, aunque discriminados y despreciados, el grupo de mestizos y de castas fue conformando cada vez con mayor fuerza la principal mano de obra de la sociedad novohispana.

Otro de los elementos fundamentales para entender la heterogeneidad cultural encontrada por Cortés y que se mantuvo durante el periodo colonial, fue el de la desarticulación geográfica, pues el espacio territorial estaba constituido por cañadas, sierras, costas, desiertos y selvas, no tenía ríos navegables, y estaba habitado por poblaciones dispersas, entre las que mediaban grandes distancias. Todo esto impidió en gran medida conectar a las diversas culturas en torno a una visión central española.

5 Apud Gonzalo Aguirre Beltrán en Pacheco, José Emilio, "La patria perdida, notas sobre Clavijero y la cultura nacional" en Aguilar Camín Héctor, *et. al. En torno a la cultura nacional*, Instituto Nacional Indigenista-Secretaría de Educación Pública, México: 1976, pp. 20.



### *Nuevos lazos comunes*

La conquista espiritual iniciada con la llegada de las órdenes mendicantes de franciscanos, dominicos y agustinos (1524, 1526, 1533) contribuyó a subsanar esta situación de limitación geográfica al crear lazos comunes de religión e idioma; además, logró la agrupación humana en poblaciones alrededor de la figura preponderante de la iglesia central. Esto coadyuvó a cerrar los espacios entre comunidades indígenas y entrelazó las redes del control ideológico y social hispano.

Así las cosas desde el primer siglo de la colonia, los conquistadores y sus descendientes criollos reclamaron a la Corona su posición privilegiada por los derechos heredados de la Conquista. Sin embargo, la política ibérica profundamente clasista y estamental menospreciaba al criollo y lo consideraba inferior “por el pecado original de haber nacido en América y tener algo de indio si no en la sangre al menos en las costumbres y en la mentalidad” según anota José Emilio Pacheco.<sup>6</sup> Poco a poco, la mentalidad criolla se conformó no sólo como la del explotador de indios y mestizos, sino también como la del dominado por las autoridades peninsulares. Ello lo lle-

vó gradualmente a elaborar una ideología de clase con prejuicios de superioridad para justificar sus privilegios, y con fórmulas de ataque y defensa contra lo español.

Las voces criollas llenas de nostalgia por este desplazamiento se hicieron escuchar desde finales del siglo XVI en una gran cantidad de literatura criolla que denotaba amargura, pues la disminución de las encomiendas y la hostilidad de la Corona deshicieron todo sueño de enriquecimiento. Por esta razón, buscaron en el pensamiento de Bartolomé De Las Casas una explicación más profunda de su desahucio. Según David Brading<sup>7</sup>, las severas denuncias de De Las Casas contra las crueldades españolas y la destrucción que provocó la Conquista fueron cada vez más ampliamente aceptadas por los criollos, quienes comenzaron a cuestionar si la jerárquica sociedad colonial tendría fundamentos morales firmes.

Para el siglo XVII, la publicación de la *Monarquía Indiana* del franciscano Juan de Torquemada brindó a los criollos un gran cúmulo de información e ideas relacionadas con la civilización e historia indígenas, a la que se comparaba directamente en este libro con la cultura romana. En esta obra, la Conquista y las crueldades de los españoles se veían como un castigo divino necesario para la salvación, ya que gracias

6 José Emilio, “La patria perdida, notas sobre Clavijero y la cultura nacional” en Aguilar Camín Héctor, *et. al.* *En torno a la cultura nacional*, Instituto Nacional Indigenista-Secretaría de Educación Pública, México: 1976, pp. 23.

7 Brading, David. *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, Era, México: 1980, pp. 16-18.

a ésta —a la Conquista—, los frailes habían llegado con la religión en 1524. Para Torquemada, el pasado indígena clásico, caracterizado como diabólico, contrastaba con su presente cristiano milenarista, con el cual los frailes se elevaban al rango de verdaderos fundadores de la Nueva España, y la figura del español conquistador quedaba reivindicada.

Durante todo ese siglo, los criollos continuaron buscando el vehículo para expresar su celo patriótico, a pesar de que las rivalidades entre ellos y los peninsulares siguieron acrecentándose.<sup>8</sup> Con la publicación en 1648 del mito de la aparición de la virgen de Guadalupe en 1532 en el cerro del Tepeyac, el clero mexicano criollo encontró el camino. Pronto la milagrosa aparición se convirtió en tema de extasiados sermones y reflexiones, y encendió la devoción pública por toda la colonia, lo que hizo que se construyeran altares en honor al nuevo culto. La virgen de Guadalupe, con gran ceremonia y regocijo popular, fue reconocida oficialmente como la patrona de la Nueva España. A partir de este momento, el sincretismo entre la combativa Guadalupe española que ayudara a sus ejércitos en la lucha contra los moros, y Tonatzin, la venerada diosa madre de los aztecas, unificó a entidades colectivas disímiles: criollos, indios y mestizos.

Asimismo, proporcionó el fundamento espiritual autónomo para la iglesia mexicana. Este mito nacional surgía con gran poder, pues lo magnificaba la calidad de nativa y americana de Guadalupe, y también, el hecho de que tras él se hallaba la devoción natural de las masas indígenas y la exaltación teológica del clero criollo.<sup>9</sup> Al mismo tiempo, la problemática política y económica que vivía España en el siglo XVII había debilitado su control sobre las colonias, lo que favoreció que al interior del virreinato fuera cada vez mayor la participación de los criollos en asuntos de gobierno. La autonomía que gradualmente iba adquiriendo la Nueva España se tradujo en un crecimiento de la vida cultural de la sociedad. En esta época llegaron a su madurez elementos de la cultura novohispana cotidiana como la cocina, el vestido, el mobiliario, el lenguaje, la música popular, la música sacra, la danza, la charrería, etcétera. Asimismo, cobró auge el arte barroco en el espíritu novohispano, pues el criollo, deseoso de afianzar su propia personalidad americana, encontró en la exuberancia, riqueza y libertad de las formas barrocas su mejor medio para lograr ese afianzamiento. De esta forma, el guadalupanismo y la cultura criolla comenzaron a establecerse como elementos propios de una incipiente identidad novohispana.

---

8 *Ibid.* p. 27.

---

9 *Idem.*



### *Nueva España con los Borbones*

Para finales del siglo XVII, España había disminuido dramáticamente su fuerza y perdido su calidad de potencia hegemónica europea. A pesar de que mantenía todas las colonias americanas, sus ineficientes y corruptas gestiones administrativas y económicas las colocaban como una nación empobrecida, endeudada y débil. En este contexto, se gestó la sucesión monárquica. Tras la muerte de Carlos II de Habsburgo subió al trono Felipe V de Borbón (1700), lo que suscitó la guerra con Europa. De modo que España se vio en la necesidad de resolver no sólo los problemas de la península y sus colonias, sino también los de la guerra europea.

La política de Felipe V, déspota ilustrado, se enfocó en intentar rescatar a España del profundo pozo en que estaba sumida al unificar y centralizar las distintas provincias de ultramar bajo un mando único controlado desde Madrid. Por el constante amago de las potencias europeas, España se vio presionada a defender sus posesiones, por lo que propició una política de expansión y fortificación hacia el norte novohispano a través de los enclaves militares y las misiones de jesuitas y franciscanos.

La llegada de los borbones al trono español también significó la entrada de la Ilustración. Aunque la versión hispánica del Siglo de las Luces rechazó todo contenido anticristiano y todo cambio político y social, sí permitió en cierto grado la disseminación de noticias artísticas, científicas,

de industria y comercio para pugnar por la expansión económica y las mejoras de la sociedad. Es decir, la Ilustración en España se redujo a una reforma empírica,<sup>10</sup> pero que en relación con América la inspiraba a hacerla una fuente más fructífera de riqueza y poder.

El siglo XVIII y, particularmente la segunda mitad de éste, constituye el periodo de mayor florecimiento en la historia de la Nueva España. El auge de las minas de Guanajuato y Zacatecas proporcionaron los recursos para la creación de nuevas ciudades ornadas de ricas iglesias y casas señoriales a la veda del Camino Real de la Plata y en el Bajío. Dice Luis Villoro:

Es la época en que se envían a la metrópoli torrentes de oro y se recubren con el codiciado metal los hermosos retablos churriguera; días de esplendor y boato de la nobleza criolla, de las finas sedas y brocados, las fastuosas ceremonias del culto y el hormigueo del comercio en Veracruz y Acapulco. Años en que la industria, a pesar de las leyes prohibitivas, crece considerablemente [...] Las rentas totales de Nueva España, que en 1712 se contaban en 3 millones de pesos, ascienden en 1808 a 21 millones, es decir, el 633 por ciento.<sup>11</sup>

### *Cuerno de la abundancia*

Bajo estas circunstancias, los novohispanos miraban satisfechos en torno suyo,

<sup>10</sup> José Emilio Pacheco, *Op. cit.* p. 25.

<sup>11</sup> Villoro, Luis. *El proceso ideológico de la revolución de Independencia*, UNAM, México: 1967, p. 14.



pues comprendían que contaban con grandes recursos y posibilidades naturales e industriales. Su gran optimismo se vio aumentado por la riqueza moral e intelectual manifestada a través de publicaciones de gran solidez y prestigio, tales como: la de Eguiara y Eguren, y el ensayo del barón de Humboldt. De la lectura de dichos textos, dice Lucas Alamán: [los criollos] “formaron un concepto extremadamente exagerado de la riqueza de su patria y se figuraron que ésta, siendo independiente, vendría a ser la nación más poderosa del universo”.<sup>12</sup> Los bienes conocidos y los aún no explotados -que tan sólo esperaban de una mano que los hiciera fructificar-, dotaban al criollo de la confianza de saberse poseedor de un cuerno de la abundancia hacia el cual proyectar su porvenir de bienestar. Esta apertura a un nuevo horizonte de posibilidades nunca antes conocidas indica la perspectiva del criollo dirigida hacia un mundo futuro, en el que ostentaría la propiedad, administración y usufructo de los recursos naturales de su propia tierra.

La obra de Humboldt fue producto de un año de viajes por el territorio (1803-1804) y del trabajo previo de científicos novohispanos realizado durante más de cinco décadas. Sus incursiones por el territorio dieron al explorador alemán la oportunidad de efectuar numerosas me-

diciones barométricas, termométricas y astronómicas. Además, en la capital del virreinato recabó una gran cantidad de datos, documentos, libros y mapas con los que dio forma a su *Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España*, el cual recoge información sobre asuntos geográficos, geológicos, orográficos, geognósticos, climatológicos, demográficos, etcétera; aunque también versa sobre la economía colonial, para lo cual contó con el apoyo de diversos científicos novohispanos, especialmente del Colegio de Minería<sup>13</sup>. La imagen resultante del vasto imperio marcó profundamente la mentalidad del criollo novohispano, pues la gran incógnita de la abundancia que representaba la Nueva España para la metrópoli quedaba despejada. La idea de lo propio -en recursos naturales, humanos y culturales- quedaba indeleblemente asentada en el sentimiento criollo como algo por lo cual habría que luchar.

Aunado a ello, el trabajo de recuperación del pasado indígena realizado por Lorenzo Boturini en esa época, con la publicación de su *Idea de una nueva América septentrional* en 1746, marcaba el inicio de una vertiente del desarrollo del pensamiento criollo autónomo.<sup>14</sup> Su entusiasmo por la Guadalupana y su exclusión

---

12 *Ibid.*, p. 15

13 Trabulse, Elías. “Las ciencias y la historiografía en el siglo XVIII” en *Historia de México* (Tomo 7), Salvat Mexicana, México: 1978. Pp. 1636-1638.

14 Brading, *Op.cit.* p. 28- 29.



del demonio del pasado indígena dotaban al criollo de una visión de la historia precolombina distinta. Enfrentaba ahora un nuevo discurso: un pasado clásico regido por la religión natural y un presente cristiano inspirado en la Guadalupana, con lo cual el criollo se liberaba de sus orígenes españoles y reafirmaba la valía de los elementos constitutivos de la Nueva España: riqueza de recursos materiales y espirituales autóctonos.

En este punto, empero, es preciso hacer una importante diferenciación del criollismo; éste se conformaba por dos grupos distintos: el criollo de élite y el criollo medio. Aunque en apariencia formaban parte de un mismo estrato social, la realidad los mantenía completamente alejados. Los *criollos privilegiados* o *de élite* mantenían el mando de la economía interna de la colonia en los ramos de la minería, ejército, agricultura y comercio, y detentaban algunos puestos importantes de gobierno como miembros de los ayuntamientos de las grandes ciudades. Buscaban cambios en la organización administrativa de la Colonia para eliminar las trabas en la legislación, las cuales les impedían tener acceso y una efectiva participación política en la toma de decisiones de gobierno. Sin embargo, no pretendían transformar el orden social o político existente, sino salvaguardarlo de cualquier factor de inestabilidad que dañara sus intereses.

Por otra parte, los *criollos medios* eran todos aquellos que no tenían propiedades,

tierras, bienes, honores, riquezas, relaciones con la clase peninsular u oportunidades de progreso. Esta clase media la conformaban los pequeños comerciantes y administradores, escribanos, abogados, funcionarios bajos de los ayuntamientos, miembros del magisterio de las escuelas, militares de rangos medios y bajos, toda la burocracia eclesiástica, etcétera. Estos criollos también habían recibido una educación en humanidades o teología y descolaban por su ilustración, sus altas aspiraciones y su pobreza, pues les eran negadas todas las posibilidades de crecimiento o ascenso social.

Para el año de 1765, Carlos III y sus ministros iniciaron el periodo de reformas borbónicas. Se desencadenaron entonces tres procesos: 1) un rápido crecimiento económico que hizo más evidentes las diferencias sociales y económicas existentes, 2) inflexibilidad política y social para dar cabida a los criollos, quienes estando vinculados en los asuntos de gobierno se sentían profundamente molestos por la separación, y 3) difusión acelerada de las ideas de la modernidad y la racionalidad que proveyó el marco intelectual para adquirir nuevas actitudes políticas y sociales.

### *Los jesuitas*

Una de las medidas instauradas por el gobierno borbón fue la expulsión de los jesuitas en junio de 1767. En ese momento, los ignacianos conformaban el mayor

organismo cultural, uno de los más altos poderes económicos y políticos en Hispanoamérica, y sus intereses estaban mezclados con toda la clase criolla. La Compañía de Jesús fue fundada en 1540 por el militar español Ignacio de Loyola, y en 1572, a petición de los franciscanos en Nueva España y del Cabildo de la ciudad de México, se les solicitó establecerse en territorios novohispanos con el cometido de dedicarse a “la buena educación de los jóvenes”.

Con los jesuitas centroeuropeos llegaron a la Nueva España las ideas y los libros de la Ilustración. Al enseñar la ciencia y la filosofía modernas cambiaron la visión del mundo que tenían los criollos, quienes eran los principales receptores de su educación. Esta orden introdujo la idea de progreso y al mismo tiempo mantuvo el sentimiento filantrópico de la Ilustración. La más brillante generación intelectual jesuita del virreinato se originó en esta época con figuras como: Francisco Xavier Clavijero (1731-1787), Francisco Xavier Alegre (1729-1788), Andrés Cavo (1739-1803), Andrés de Guevara y Basoazábal (1748-1801), Pedro José Márquez (1741-1820), Manuel Fabri (1737-1805) y Juan Luis Maneiro (1744-1802).<sup>15</sup>

Para 1767 fueron expulsados dos mil jesuitas de Hispanoamérica, de los cuales unos seiscientos salieron de la Nueva

España, y de éstos, aproximadamente, cuatrocientos cincuenta eran criollos. La expulsión de los jesuitas tuvo consecuencias de toda índole, ya que ellos eran los maestros de la sociedad criolla —sus misiones y colegios formaban los centros intelectuales y educativos de más alta jerarquía—. Así, se perturbó la mentalidad novohispana, lo que muchos historiadores consideran como uno de los preludios decisivos en la historia de la emancipación nacional. Centenares de familias criollas con hijos y hermanos en la compañía se vieron afectadas y casi todos los criollos consideraron la expulsión de la orden una injusticia atroz, que disminuyó la lealtad y respeto hacia la Corona.<sup>16</sup>

### *Rostro común*

Alfonso Alfaro<sup>17</sup> explica que en la sociedad novohispana, en la cual existía una zona de clara indeterminación étnica, se iba a requerir un polo simbólico “capaz de hacerla inteligible a sí misma y de permitirle esbozar un proyecto de convivencia entre sus poblaciones: tenía que modelar un rostro colectivo”. Para construir esa imagen integradora, fue necesario un trabajo de siglos, como se ha esbozado an-

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 28

<sup>16</sup> José Emilio Pacheco, *Op. cit.* p. 27

<sup>17</sup> Alfaro, Alfonso. “Memoria, paisaje, horizonte” en *Los jesuitas y la construcción de la nación mexicana*, Artes de México, Bimestral, No. 104, México, Diciembre 2011, pp. 13-33.



teriormente; sin embargo, ésta estuvo presente y se sustentó en tres principios justo cuando el imperio español se derrumbaba ante los embates de la invasión francesa, debido a su fragilidad provocada por el autoritarismo de los gobiernos borbónicos. Los principios en los que se sostuvo esta imagen fueron: 1) la memoria construida de la grandeza de las civilizaciones prehispánicas, 2) una geografía idealizada, convertida en signo de sueño compartido y 3) el horizonte abierto de una civilización nueva: la cultura occidental. En todo esto tuvieron una función decisiva el grupo de jesuitas exiliados, pues con sus trabajos científicos y literarios desplazaron el centro de gravedad de las referencias comunes a los diversos habitantes de esta tierra hasta hacerlos converger en un sólo punto situado en torno a la creciente población mestiza.

Los historiadores jesuitas dieron un impulso decisivo a la construcción de un modelo cultural que hacía a todos los habitantes de este suelo hijos y herederos de la grandeza prehispánica. Incluso cuando los jesuitas criollos llegaron a su exilio en Italia, se autodenominaron *mexicanos* en lugar de resaltar su origen español, con lo que demostraron su determinación por ser copartícipes de la nación mestiza. Ello es trascendente, pues como dice Alfaro: “Hasta entonces, el término mexicano se refería a una lengua, el náhuatl, y, como gentilicio, estaba reservado a los aztecas históricos y a sus descendientes (o, como

máximo, a los habitantes de la ciudad capital)”<sup>18</sup>.

Asimismo, es de notar que muchas de las obras de los intelectuales jesuitas fueron escritas como respuesta a las críticas y desprecios de europeos<sup>19</sup> que minimizaban las virtudes humanas y materiales de la Nueva España. Los pensadores novohispanos escribieron esas respuestas con el fin de “aniquilar, detener, aplastar y convertir en humo la calumnia levantada a nuestra nación... y vindicar la honra de la patria”.<sup>20</sup> La ilustración novohispana se divulgó por todo el virreinato entre pensadores criollos desde Sonora hasta Yucatán, Guatemala, Cuba y Caracas, destacando elementos de un “nacionalismo intelectual”, el cual promovió durante mucho tiempo entre la clase criolla actitudes de orgullo propio y de enojo ante cualquier crítica europea.

Por supuesto que la obra de los pensadores jesuitas no fue suficiente para construir los acuerdos firmes y las instituciones sólidas que requiere una nación estable y fuerte. Fue, empero, uno de los pocos y primeros recursos disponibles para lograrlo después de las sacudidas sociales pro-

<sup>18</sup> *Ibid* p. 14

<sup>19</sup> Algunos de ellos, como Cornelio de Paw y Manuel Martí, buscaban manifestar al mundo la inferioridad de la flora, la fauna, el territorio y los habitantes de las Américas.

<sup>20</sup> Eguiara y Eguren en Tanck de Estrada, Dorothy *Op. cit.* p. 308.

ducidas por las reformas borbónicas y luego por el derrumbe del imperio español. Sobre esos escombros comenzó a edificarse la nueva nación.<sup>21</sup>

Sumado a lo anterior, los jesuitas habían logrado articular redes sociales a través de su actividad pastoral entre los diversos grupos étnicos y entre todos los estratos sociales: esclavos, vagabundos, presos, artesanos, funcionarios, nobles, etc. Habían dedicado un arduo esfuerzo a la construcción de redes (cofradías, congregaciones) que daban cohesión a esa sociedad dividida en estamentos, y fungían como fibras esenciales de su tejido social. En el momento de su expulsión, muchos de ellos, en especial los jóvenes jesuitas, se encontraban comprometidos con la profunda renovación de los sistemas educativos y la transformación de los modelos científicos.

Destaca particularmente su labor en la construcción de élites dirigentes que aspiraban a ser, al mismo tiempo, cosmopolitas y arraigadas al suelo patrio: estos novohispanos poseían una sólida formación clásica, estaban informados de los sucesos del planeta; eran capaces de manejar con soltura las lenguas de comunicación cultural y seguir a detalle los últimos debates de las academias científicas europeas; estaban abiertos al estudio sistemático de la naturaleza y preocupados por la calidad de la palabra hablada y escrita; solían poseer con fluidez más de una lengua indí-

gena y, sobre todo, estaban habituados a tratar tanto a sus coterráneos más encumbrados como a los más desvalidos, cuya condición conocían perfectamente.<sup>22</sup> Dice Alfaro: “El país no ha vuelto a llenar el hueco que dejaron unas elites así, capaces de conectar la base y el vértice de la pirámide social y de fungir como enlace entre su tierra y el mundo”.<sup>23</sup>

### Clavijero

Francisco Javier Clavijero (1731-1787) con su obra *Historia Antigua de México* (1780-1781)<sup>24</sup> fue uno de los desterrados historiadores jesuitas que sentó las bases para elaborar una historia continua e incluyente de México, insertando en ella al mundo indígena y reivindicándolo. Su contacto desde niño con indígenas le permitió conocer su idioma y apreciar su mundo. En el transcurso de su formación jesuita, empapó su mente del pensamiento ilustrado a través del estudio de filósofos como Leibniz, Descartes y Newton, y se sumergió en la cosmovisión indígena, tratando de comprender los códices y documentos indígenas archivados por Sigüenza y Góngora; renovó en la pedagogía jesuita

<sup>22</sup> *Idem.*

<sup>23</sup> *Ibid.* p. 19

<sup>24</sup> Pacheco, José Emilio, “La patria perdida, notas sobre Clavijero y la cultura nacional” en Aguilar Camín Héctor, *et. al. En torno a la cultura nacional*, Instituto Nacional Indigenista-Secretaría de Educación Pública, México: 1976, p. 19.

<sup>21</sup> *Ibid.* p. 17



la enseñanza de la filosofía y las ciencias, realizó trabajo de campo e investigación en bibliotecas, e instruyó en náhuatl a indios en el colegio de San Gregorio.

Con amplio aprecio y valoración por las distintas culturas humanas, Clavijero en su *Historia Antigua de México*, rescató el respeto por las civilizaciones prehispánicas. Su discurso “histórico, polémico, geográfico, geológico, climatológico, mineralógico, botánico, zoológico, antropológico, etnográfico, teológico, jurídico, sociológico, educacional, artístico, económico, lingüístico, etc.”,<sup>25</sup> es punto de partida para el desarrollo de un sentimiento de pertenencia a la nación<sup>26</sup> entre sus contemporáneos. Levanta para sus compatriotas, a quienes llama “mis nacionales”, un inventario de las riquezas del país en esta obra considerada como la “enciclopedia mexicana” del siglo XVIII.

Escrita desde el exilio en Bolonia (1780-1781), en esta obra<sup>27</sup> subyace, además, un discurso político anti-colonial, pues la expulsión de los jesuitas convirtió al rey de España en enemigo de la compa-

ña de Jesús y, por tanto, del papado y la Iglesia católica. Entonces, Clavijero trata de conciliar en su texto los intereses concretos del criollismo con la ortodoxia de su religión; es decir, otorga para sus hermanos criollos una descripción económica de las tierras a las cuales los jesuitas no volverán, pero que son plenamente recuperables para sus hermanos novohispanos. Y lo que el europeo había estigmatizado como inferior, Clavijero mediante su pensamiento dialéctico lo convierte en motivo de orgullo. De modo que no resulta aventurado leer entre líneas un sentimiento patriótico, liberal y antiespañol.

### *Proyecto educativo*

Como ilustrado, Clavijero ve en la ignorancia del pueblo la fuente de todo mal. De allí que su ideal pedagógico y fuente de salvación sea la educación del indígena. Y defiende que:

las almas de los mexicanos en nada son inferiores a las de los europeos, que son capaces de todas las ciencias, aún las más abstractas, y que si se cuidara de su educación, si desde niños se criasen en seminarios bajo buenos maestros y si se protegieran y alentaran con premios, se vería entre los americanos filósofos, matemáticos y teólogos que pudieran competir con los más famosos de Europa. Pero es muy difícil, por no decir imposible, hacer progresos en las ciencias en medio de una vida miserable y servil y de continuas incomodidades.<sup>28</sup>

<sup>25</sup> *Idem*.

<sup>26</sup> Dice José Emilio Pacheco que esta *Historia*... “da al pensamiento criollo su obra maestra y a Fray Servando Teresa de Mier (1765-1827) y Carlos María de Bustamante (1774-1848) el punto de partida para elaborar la teoría del nacionalismo mexicano”. En Pacheco, José Emilio, *Ibid.* p. 31

<sup>27</sup> Clavijero hizo llegar cincuenta ejemplares en castellano a Nueva España; aunque siendo censurada esta obra, el manuscrito original no fue publicado sino hasta 1945. *Ibid.* p. 49.

<sup>28</sup> *Ibid.* p. 34



Para Clavijero, el obstáculo que frenaba el desarrollo no era natural, sino social: no era la imbecilidad, sino la miseria, pues “los europeos no han tenido otra ventaja sobre de ellos que la de ser mejor instruidos”.<sup>29</sup> La “miseria en que viven” los indios y la continua embriaguez que no existía cuando eran libres era causa de que las epidemias hicieran estragos entre ellos.<sup>30</sup> Su “decantada” pereza se debe a su desinterés y desafecto a los españoles que los obligan a trabajar: “sin embargo, no hay gente en aquel reino que trabaje más ni cuyo trabajo sea más útil ni más necesario”.<sup>31</sup> Y los rasgos negativos de su carácter pueden corregirse mediante la educación.<sup>32</sup>

Y es que para este autor, toda la economía novohispana —principal sostén de la española y gran parte de la europea— descansa sobre el trabajo de los indios, pues éstos

son los que trabajan la tierra, los aradores, sembradores, escardadores y segadores del trigo, maíz, arroz, haba, frijol y de las otras semillas y legumbres. Del cacao, vainilla, algodón, indaco y de todas las otras plantas útiles al sustento, vestido y comercio de aquellas provincias y sin ellos nada se hace [...]. Pero esto es poco: ellos son los que cortan y acarrean de los bosques toda la madera necesaria; los que cortan, acarrean y labran las piedras, y los que hacen la cal, el yeso y los ladrillos. Ellos son los

que fabrican todos los edificios de aquel reino, a excepción de pocos lugares en que ellos no habitan. Ellos son los que abren y componen los caminos, los que hacen los canales y diques y los que limpian las ciudades. Ellos trabajan en muchísimas minas de oro, plata, cobre, etcétera. En una palabra, ellos son los que llevan todo el peso de los trabajos públicos como es notorio en todas las provincias de aquel gran reino. Esto hacen los débiles, poltrones e inútiles americanos, mientras que el vigoroso Paw y otros infatigables europeos se ocupan en escribir invectivas contra ellos.<sup>33</sup>

Pide entonces para los indígenas una educación que obviamente no podía darse sin una previa liberación, puesto que si la mala organización política dictada por la corona española había originado semejantes condiciones sociales, económicas y culturales, para revertir la situación se hacía necesaria igualmente una reestructuración política y social. En otras palabras: demanda una emancipación americana en la que el criollo tuviera la capacidad de decidir sobre sus propios asuntos, particularmente, en el desarrollo de los grupos indígenas autóctonos. De esta manera, Clavijero impregna en el sentimiento criollo la idea de cambio, de transformación posible hacia una mejor condición. Su obra despierta en ellos la conciencia de pertenencia a una misma esencia, en la cual, los criollos y los indios son los legales herederos de los beneficios de su tierra.

29 Clavijero, Francisco Xavier. *Historia antigua de México*, Porrúa, México: 1987, p. 519

30 *Ibid.* p. 45.

31 *Ibid.* p. 46.

32 *Ibid.* p. 47.

33 *Ibid.* p. 510.



### Conclusión

Es innegable la influencia que tuvo la Ilustración en la mentalidad del criollo novohispano. Caló hondo en su espíritu creando en él una conciencia de su identidad y la idea de la necesidad de transformación. Sin embargo, en este punto hay que considerar dos cuestiones que se contraponen. Por una parte, el influjo de la obra de Clavijero cultivó en el espíritu criollo un profundo sentimiento de pertenencia a una tierra y un pueblo únicos, a los cuales se sentía profundamente ligado. El colonizado, entonces, lograba vencer la imagen de sí mismo que los dominadores impusieron sobre él desde su nacimiento. Con argumentos de dialéctica intelectual, Clavijero estableció la piedra fundacional de la idea de una patria con legítima cultura heterogénea y mestiza. Generó la conciencia de la opresión al contrastar el pasado esplendor indígena con la presente miseria de dichos grupos. Abrió con su obra el camino de la independencia *racional* desde donde reivindicó la historia de esta incipiente nación.<sup>34</sup> Y con ello, el criollo mexicano llegó a reconocer que su pasado no era de vergüenza sino de dignidad y vislumbraba su propia valía al comprender que no necesitaba del colonizador para existir; se derrumbaba la idea de que al quedar solo estaría desamparado.

Por otra parte, empero, tenemos la postura de los intereses de clase. Dado que la obra de Clavijero no tuvo el propósito de llegar a las clases indígenas, dice Brading que Clavijero “*expropió* el pasado indio para servir a la ideología criolla, y así contribuyó a establecer un proyecto nacional que no se tradujo en la liberación de los oprimidos sino en un simple cambio de explotadores”<sup>35</sup>, en el que a fin de cuentas las condiciones de los oprimidos no cambiaron, pues “el patriotismo criollo es la manifestación de una clase mas no de una nación y expresa los sentimientos de aquel sector al que se le rehúsa un derecho de nacimiento: el gobierno de su país”.<sup>36</sup>

El nacionalismo mexicano del siglo XVIII, que a la postre culminó en la revolución de Independencia, se construyó en la mentalidad del criollo novohispano con base a una serie concatenada de sucesos materiales e inmateriales de los cuales hemos hablado a lo largo de este ensayo. El culto a la virgen de Guadalupe, la admiración por las culturas prehispánicas, el exacerbado optimismo derivado del conocimiento de la geografía y los recursos materiales, la cultura criolla en formación, la apertura hacia el pensamiento ilustrado, y la construcción de redes sociales -todo ello al momento en que fracasa la reconfiguración del imperio español por la intran-

34 Pacheco, José Emilio, *Op. cit.*

35 Brading, *Op. cit.*

36 Pacheco, *Op. cit.* p. 41.



sigencia e insensibilidad de los gobiernos borbónicos- irrumpe en el pensamiento criollo como una necesidad urgente de cambio para lograr restituir a los moradores de este suelo los derechos originarios que les fueron incautados por la Corona española.

El nacionalismo dieciochesco no fue el despertar de un pueblo entero, tan sólo fue la toma de consciencia de una clase social privilegiada que tenía acceso a la educación y a las prerrogativas de la mentalidad ilustrada. Esta apertura corrió en gran medida a cargo de la orden de los jesuitas, quienes tanto antes como después de su expulsión promovieron la cohesión e integración social, pero no sólo de los grupos criollos, sino de todos los habitantes del suelo patrio. Con el nacionalismo dieciochesco, ni se creó ni se inventó ninguna nación. El nacionalismo se había venido construyendo sólo en el espíritu novohispano de las clases más educadas. En el ánimo criollo ya existía una cultura con la cual se identificaba y de la cual se sentía parte, pero que tuvo un desarrollo lento y no estuvo libre de tensiones. No obstante, la creación de los grandes mitos nacionales finalmente logró su cometido: cohesionar a una sociedad profundamente diferenciada, dividida y estamental en aspectos que determinan la esencia del individuo: su religiosidad, su tierra y su origen.

De esta manera, la identidad religiosa y el conocimiento de un grandioso pasado compartido en el mismo suelo fue-

ron el denominador común que mantuvo unida a una sociedad que hasta nuestros días se mantiene plural y heterogénea. La recuperación de la memoria histórica no fue para los historiadores jesuitas la justificación de un discurso político, sino una urgente necesidad para reivindicar los derechos a pueblos indígenas tan capaces y valiosos como cualquier otro. A pesar de ello, durante los siglos XIX, XX y hasta el día de hoy, las distintas corrientes y tendencias políticas han utilizado a su propia conveniencia el discurso nacionalista, con fines de grupo o partido, muy lejos del sentido de patria que este grupo de entrañables amigos jesuitas defendieron hasta el momento de sus muertes en el exilio. México, surgido de la plata y del maíz, encuentra en el nacionalismo dieciochesco un pasado común y admirable, las promesas de sus potencialidades y recursos materiales, y los beneficios del mundo occidental.

### Referencias bibliográficas

- Alfaro, Alfonso. "Memoria, paisaje, horizonte" en *Los jesuitas y la construcción de la nación mexicana*, Artes de México, Bimestral, No. 104, México, Diciembre 2011, pp. 13-33.
- Brading, David. *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, Era, México, 1980, pp. 16-18.
- Clavijero, Francisco Xavier. *Historia antigua de México*, Porrúa, México. 1987.
- Gellner, Ernest. "Nacionalismo" <http://es.wikipedia.org/wiki/Nacionalismo>
- Gerhard, Peter. *Geografía Histórica de la Nueva España. 1519-1821*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 2-4.
- Kirchhoff, Paul, "Mesoamérica: Sus límites geográficos, composición étnica y caracteres culturales", en Revista TLATOANI (Suplemento), No. 3, 1967, ENAH-INAH, México consultado en <http://etnohistoriaenah.blogspot.com/2011/02/kirchhoff-mesoamerica.html>.
- Pacheco, José Emilio, "La patria perdida, notas sobre Clavijero y la cultura nacional" en Aguilar Camín Héctor, et.al. *En torno a la cultura nacional*, Instituto Nacional Indigenista-Secretaría de Educación Pública, México: 1976, pp. 17-50.
- Tanck de Estrada, Dorothy; Carlos Marichal. "¿Reino o colonia? Nueva España, 1750-1804", en *Nueva Historia General de México*, El Colegio de México, México: 2011, pp. 307-353.
- Trabulse, Elías. "Las ciencias y la historiografía en el siglo XVIII" en *Historia de México* (Tomo 7), Salvat Mexicana, México: 1978. Pp. 1636-1638.
- Villoro, Luis. *El proceso ideológico de la revolución de Independencia*, UNAM, México: 1967.